

veneno; aunque todos los que han hecho mención de él le juzgaron digno de mejor suerte. Entre tanto el espíritu de conquista de que estaban poseídos todos los musulmanes desde Mahoma, fundador de su religion, no permitió al sultan cumplir la palabra que habia dado de dexar tranquilos á los christianos. Llamado por Ludovico Sforzia, usurpador del ducado de Milan, hizo una irrupcion en Italia, y arrasó el Friul. Esta expedicion fué causa de una guerra entre los venecianos, y Bayaceto, que duró cinco años con diversos sucesos, hora prósperos, hora adversos por una y otra parte. El deseo de engrandecerse y de extender su dominacion era el que dirigia siempre las empresas de los turcos. Vivió todavía Bayaceto II. hasta 1512; pero este espacio de tiempo señalado en la historia otomana por algunas disensiones domésticas entre los hijos del sultan, no nos ofrece cosa que merezca detenerse en ella. Continuando siempre el poder otomano en acrecentarse, y amenazando siempre á la Europa con el mismo fuego con que habia abrasado la Asia, hicieron los papas los mayores esfuerzos, como veremos adelante, para empeñar á los príncipes christianos en formar una liga capaz de oponerse á sus progresos. Mas las circunstancias fueron siempre contrarias á la execucion de este designio, y los intereses particulares no permitieron á los soberanos mejor intencionados unirse por el interes comun.

## ARTICULO II.

### *Estado de las potencias políticas de Occidente.*

Comenzaremos por la Alemania el quadro que vamos á trazar de las potencias políticas de Occidente, y de las revoluciones que experimentó la Europa en el siglo XV. Diximos en otra parte que el emperador Wenceslao habia sido depuesto del trono de Germania en los últimos años del siglo precedente por causa de sus crueldades, de su avaricia y de sus excesos en todos géneros. Juntos los electores para darle sucesor, habian elegido á Federico, duque de Brunswick y de Lunebourg, príncipe recomendable por su prudencia y valor; pero mu-

rió á manos de un asesino ántes de haber recibido la corona imperial. Poco tiempo despues de este funesto suceso se dió por gefe al imperio de Occidente á Roberto, elector palatino, llamado por sobrenombre el Benigno; al qual los habitantes de Aquisgran, adictos á Wenceslao, aunque jurídicamente depuesto, rehusaron abrir las puertas de la ciudad para ser coronado en ella segun costumbre. Una rebellion tan peligrosa en el principio de un reynado fué castigada con la severidad que convenia para detener las consecuencias. Roberto se ocupó primeramente en el cuidado importante de restablecer la tranquilidad y el buen orden en Alemania; despues de lo qual convirtió sus miras hácia la Italia, en donde el espíritu de levantamiento y de independencia causaban las mas funestas disensiones; pero habiendo sido mal socorrido, no fué esta expedicion feliz; y Galeazo Visconti, á quien queria despojar del ducado de Milan, cuya investidura le habia dado Wenceslao, despues de batirle, permaneció á pesar suyo en posesion de este principado. Falleció Roberto el año de 1410, el décimo de su reynado.

En 1414 fué electo y coronado Segismundo de Luxemburgo, uno de los mas grandes príncipes que han gobernado el imperio. Era rey de Hungría por parte de María su primera muger, que habia llevado este reyno en dote; y habiendo muerto sin hijos, le costó mucho trabajo á Segismundo el mantenerse en el trono á que ella le habia elevado. Mas al fin su valor y su prudencia disiparon en poco tiempo los enemigos que la inquietud y rivalidad de los grandes le habian suscitado, conservando por derecho de conquista un reyno que habia merecido obtener por las grandes prendas que en él se admiraban. La misma prudencia que le habia dirigido en las circunstancias difíciles en que se habia hallado, le movió á hacer muchos reglamentos útiles para el restablecimiento de la paz en el imperio. Por muerte de Wenceslao adquirió Segismundo su hermano una nueva corona; pero fué para él un nuevo origen de trabajos y de cuidados. La Bohemia, de que este príncipe venia á ser soberano por derecho de sucesion, estaba agitada por los husitas, que baxo la conducta de Juan Zisca habian formado un ejército numeroso y animado de todo el ardor que inspira el fanatismo. Seis expediciones consecutivas en

que Segismundo empleó inútilmente todo el valor y habilidad que tenia, no pudieron someter á estos formidables sectarios, que siempre vencedores, ya por la superioridad de su número, ya por el ardimiento impetuoso que es fruto del entusiasmo, tenían por todas partes la ventaja sobre los católicos del ejército real; y así en los combates como en los sitios, los mayores esfuerzos no servian sino de realzar mas el esplendor de su triunfo. Solo al favor de las divisiones que se levantaron entre ellos y despues de la muerte de Zisca, se pudo conseguir que entrasen en un ajuste que el emperador les habia propuesto ya sin fruto. Concluyóse en Iglau, ciudad de Moravia, en 1436; y desde esta época principió á reynar Segismundo pacíficamente en Bohemia. Pero murió al año siguiente llorado de todos los que saben que el mérito de los grandes príncipes se ha de apreciar mas por las virtudes y talentos, que por la felicidad de los sucesos. En otra parte hablaremos del zelo que mostró por la pureza de la fé, y de lo que trabajó para asegurar el triunfo de la verdad contra las impias sectas que procuraban aniquilarla.

El reynado de Alberto II. fué tan corto, que no pudo este príncipe realizar las felices esperanzas que sus grandes prendas hacian formar de él. Era duque de Austria, y yerno de Segismundo; y reuniendo en su cabeza las tres coronas de su suegro, hubiera sostenido el peso de ellas gloriosamente, si el cielo le hubiese concedido mas vida: cuya opinion se funda en las sabias medidas que tomó así que se coronó, para establecer una paz sólida y durable en el imperio. Por él han entrado en la casa de Austria los reynos de Hungría y de Bohemia; y ésta es tambien la época del alto grado de esplendor y de poder á que esta augusta casa no tardó en elevarse, y que ha conservado hasta nuestros dias. Despues de haber pacificado la Alemania, iba marchando con un buen ejército para oponerse á los progresos de Amurates II., quando le atacó una disenteria de que murió en 1439 de edad de 40 años. Todos sus vasallos sintieron su pérdida; porque habia sabido ganar sus corazones, sin embargo de que no habia hecho mas que aparecer sobre el trono.

Divididos los electores sobre la eleccion de emperador, pusieron al principio los ojos en Luis, Landgrave de Hesse; pero este príncipe rehusó una dignidad que

no se consideraba en estado de sostener; y de consiguiendo recayeron los votos en el duque de Austria Federico III., pariente de Alberto II., á quien acababa de perder el imperio. Llamósele por sobrenombre el Pacífico; no para honrar en él una qualidad muy preciosa en los soberanos (el amor de la paz), que casi nunca dexa de andar acompañada de la justicia, sino para denotar la indolencia de su carácter, que le alejaba de toda ocupacion penosa, y que traxase fatiga. Entre los historiadores contemporáneos, los unos han elogiado la dulzura y piedad de este príncipe, los otros le han acusado de avaricia, y de haberlo sacrificado todo á los intereses particulares de su casa. Sin embargo del poco gusto que tenia en la aplicacion y en los negocios, se vió precisado á tomar parte en todos los grandes sucesos de su tiempo; obligándole muchas veces las turbaciones que agitaron la Bohemia y la Hungría á salir de la quietud que tanto amaba. Mas se hizo pagar bien las penas que le causaron por medio de tratados ventajosos á su casa, la qual condecoró con el título de Archiducal, haciendo volver á entrar en ella con las sabias medidas que tomó la corona de Hungría, que habia salido de la casa de Austria por la eleccion de Matías Corvino, hijo del célebre Juan Hunniades.

Esta indolencia en que se adormecía Federico sobre el trono excitó una murmuracion general contra él en el imperio, cuyas riendas dexaba correr al arbitrio de los acaecimientos. Acusábasele de que descuidaba del gobierno, y abandonaba su direccion al legado Eneas Silvio, que despues fué Papa con el nombre de Pio II. Quejábase tambien de las alteraciones hechas en el concordato germánico sin que Federico se opusiese á ellas; no obstante de que este reglamento formado en 1448 en nombre de toda la nacion era en parte obra suya, y una de sus obligaciones como gefe del imperio el procurar su execucion. Fixaba este concordato el derecho público eclesiástico de toda la Alemania tocante al modo de proveer los obispados, las prelacías, las grandes dignidades de las catedrales y colegiadas, y los demas beneficios que vacasen. Los electores representaron á Federico que en perjuicio de esta ley, cuya observancia importaba infinito al bien del estado, las elecciones se embarazaban ó se

eludían con las expectativas y reservas; que la corte de Roma concedía indistintamente provisiones á todos los que se presentaban; que sus curiales hacían pagar arbitrariamente todas las expediciones que libraban, y que exigían del mismo modo el pago de las anatas sin consideración á la tasa que se había arreglado. No surtieron ningún efecto semejantes representaciones, de suerte que se aumentó cada día mas el descontento, y se pensó en los medios de contener los progresos del mal de que se quejaban. Entre estos medios no se veían otros que la deposición del emperador, ó la elección de un rey de romanos que tomase las riendas del gobierno. Se prefirió el último partido, que efectivamente era el mas suave y el ménos peligroso en las consecuencias. Jorge Podiebrado, que de administrador del reyno de Bohemia había llegado á ser su soberano, se atraía las atenciones de todos por su elevado ingenio y por su experiencia en el grande arte de gobernar; y se creyó ver en este príncipe el defensor y la guía de que necesitaba el imperio. Juntos los estados en Rarisbona, iban á entablar nuevamente el proyecto propuesto ya en Nuremberg de elegirle por rey de romanos, quando se supo su muerte, cuyo suceso disipó la tempestad que amenazaba sobre la cabeza de Federico; pero no disipó las murmuraciones que su negligencia y su debilidad habían excitado, las cuales no cesaron hasta su muerte, acaecida en 1403, siendo de edad de 78 años, y á los 54 de su reynado. Fué el último emperador de Occidente que se coronó en Roma.

Maximiliano I., hijo del indolente Federico, había sido electo rey de romanos en 1486, é inmediatamente despues de la muerte de su padre recibió la corona imperial con unánime consentimiento de los electores. Por su matrimonio con María, hija y única heredera de Carlos el Temerario, último duque de Borgoña, entraron en la casa de Austria los vastos estados que habían igualado á los duques de Borgoña con los mas grandes monarcas en riqueza y en poder. En lo sucesivo habiéndose casado el príncipe Felipe, que nació de este matrimonio, con Juana, heredera también de los reynos de Castilla y Aragón, pasaron estas dos coronas á la familia imperial, cuya grandeza llegó á su colmo. Maximiliano tuvo parte en casi todas las querellas que dividían á los príncipes de su

tiempo; pero sin hacer mas que un papel subalterno, unas veces unido con los venecianos y el rey de Francia Luis XII. contra el papa Julio II., á quien dicen querria derribar del trono pontifical para subir á él en su lugar: otras veces aliado de este pontífice, que le excedía en habilidad; y otras en fin sirviendo de simple oficial baxo las banderas del rey de Inglaterra, y recibiendo el sueldo de 100 escudos cada dia. Y así Maximiliano pudiendo ser el árbitro de la Europa, reynó sin gloria, y murió el año 1519 poco estimado en sus estados, en los quales nada había hecho por la felicidad de la nación germánica. En el reynado de Maximiliano fué quando se establecieron las puertas en Alemania por el cuidado de Francisco de la Tour-Taxis, lo que ha hecho hereditario en esta ilustre casa el empleo de gran maestre de las puertas del imperio.

A fines del siglo XIV. hemos visto sobre el trono de Francia á Carlos VI., que había subido á él en 1380 de edad de 12 años y 9 meses. Sin embargo de tener valor, penetracion, bondad, dulzura y un carácter benéfico, que le grangeó el título de Bien-amado, no hubo nunca príncipe mas desgraciado, ni cayó jamas la Francia en un estado mas deplorable que baxo su reynado. Las turbaciones que agitaron el reyno mientras vivió, y más que siguieron los mas horribles desastres, empezaron en el momento que se ciñó la diadema. Los duques de Anjou, de Berri, de Borgoña y de Borbon, sus tíos, tuvieron entre sí vivas disputas sobre la regencia y el gobierno de que cada uno de ellos queria apoderarse. Venció el duque de Anjou; pero solo para apropiarse los tesoros que eran fruto de la sabia economía de Carlos V.; destinándolos á hacer valer sus derechos sobre el reyno de Nápoles, del qual no pudo ponerse en posesion. Se echó mano de los impuestos y de las vexaciones para llenar el vacío que la malversacion del regente había ocasionado en las rentas reales; que era lo mismo que reparar un desorden con otro mayor y mas ruinoso. Levantóse alivoz la murmuracion, y discordes los quatro tíos teniendo cada uno su partido, se vió nacer en la capital aquel espíritu de faccion, que comunicándose muy luego á las provincias, abrasó todo el reyno.

Habiéndose encendido un odio implacable entre el

duque de Orleans, hermano del rey, y Juan Sin-miedo, duque de Borgoña, el hombre mas feroz y mas vengativo, vino á ser esta querrela particular el origen de todas las desgracias que desolaron el reyno. Dícese que la galantería por una parte y los zelos por otra fueron el primer fuego que causó este terrible incendio; porque siendo Luis duque de Orleans un príncipe amable, que ponía estudio en agradar y se gloriaba de sus conquistas, tuvo motivo el duque de Borgoña para creer que la duquesa su esposa era del número de las que no miraban al hermano del rey con indiferencia. No fué menester mas para inspirarle el deseo de la venganza, y con el designio de asegurarle mas, fingió una reconciliacion, que se cimentó con los actos mas sagrados de la religion segun el uso del tiempo, y con las señales ménos equívocas de una amistad sincera. Pocos dias despues el asesinato del duque de Orleans manifestó las intenciones que su enemigo habia sabido disfrazar tan bien; y tuvo éste la audacia de declararse autor de un crimen tan indigno: siendo lo mas admirable que halló un doctor todavía mas atrevido que él, que intentó justificar esta muerte, é hizo con este motivo en presencia de todos los señores un discurso muy largo, que se tuvo por muy eloqüente.

Antes de esta horrible escena habia caido el rey en un frenesí, cuyos largos y freqüentes accesos le obligaron á renunciar el cuidado de los negocios. La Reyna Isabel de Baviera, muger imperiosa, avara, inconstante y de una conducta poco regular, queria gobernar el estado, mas por estar independiente y vivir segun sus deseos, que por el honor del mando. El duque de Borgoña, tanto por ambicion, como por la necesidad de sostenerse contra sus enemigos, hacia tambien todos sus esfuerzos para apoderarse del gobierno. El rey en sus buenos intervalos no tenia tiempo para reparar los males que se hacian en su nombre; y parecia que este príncipe desgraciado no recobraba de quando en quando la razon sino para conocer la infelicidad de su situacion y las calamidades de la Francia. Opuesta unas veces la Reyna al Borgnoñon, y otras unidas con él, no tenia mas regla en sus procederés que el interes de sus amores, que mudaban de objeto freqüentemente; ó el de engrosar el tesoro que juntaba con insaciable codicia. Por último extremo de

desgracia el ingles se aprovechaba de todos estos desórdenes, y se iba preparando para realizar el proyecto formado mucho tiempo habia de conquistar la Francia; proyecto que la prudencia de Carlos V. habia desvanecido, y que los infaustos dias de su hijo vieron renacer, habiendo faltado poco para executarse. La funesta batalla de Azincourt, muy semejante á las de Crecy y de Poitiers, cubrió de luto á toda la Francia, sin abrir los ojos á los autores de las discordias civiles que causaban todos estos males. Despedazada esta potencia por facciones que fomentaban su odio con la sangre, parecia que habia llegado al colmo del infortunio, quando nuevos desastres mayores que los primeros aumentaron sus calamidades, que al parecer no podian creer mas.

Habian muerto dos delfines en la flor de su edad, y por la muerte del segundo venia á ser Carlos, conde de Ponthieu, el heredero natural de un trono conmovido con tantas alteraciones. Mucho tiempo habia que le aborrecia Isabel de Baviera, madrastra cruel; y el haberle quitado sus tesoros este príncipe, que en el estado de imbecilidad en que habia recaído freqüentemente el rey su padre, se consideraba con razon como encargado del interes público, convirtió en furor la aversion de esta muger implacable. Juró pues la pérdida de su hijo aunque arrastrase la de todo el reyno. La sangre del duque de Borgoña Juan Sin-miedo, enemigo de su rey y tirano de su país, asesinado en presencia del delfin sobre el puente de Montreau, en donde se habia presentado confiado en la fé pública, léjos de extinguir el fuego de la discordia, lo hizo mas violento que nunca. Su hijo se unió á los intereses de la Reyna, y ambos por satisfacer su venganza particular entregaron la Francia al extranjero. Entónces fué quando se concluyó en Troyes por la madre del heredero legitimo del trono y por un príncipe de su sangre aquel monstruoso tratado, que trastornando todas las leyes del reyno, reconoció á Henrique V., rey de Inglaterra, por sucesor del desgraciado Carlos VI.; á quien parecia que no se le dexaba el vano título de rey sino por desprecio. Desde este instante no se vió en la capital y en las provincias mas que muertes, robos y atrocidades hasta la muerte de Carlos VI., que terminó su infeliz carrera en 1422. Solo el pueblo acompañó

sus funerales, y honró su memoria con lágrimas, que no podían negarse al extremo de sus desgracias, y al recuerdo de sus buenas prendas.

La muerte de este príncipe salvó á la Francia, aunque el ingles exercia en ella todos los derechos de soberanía. Habia acabado sus dias Henrique V. dos meses ántes que Carlos VI., y su hijo Henrique VI., de edad de nueve meses, fué proclamado rey de Francia baxo la tutela del duque de Bedford su tio, que tomó las riendas del gobierno con el título de regente. El rey legítimo Carlos VII. excluido del trono por su muerte se retiró del otro lado del Loire, y ayudado por el corto número de vasallos fieles, á quienes no habia deducido el espíritu de vertigio esparcido por todas partes, se vió obligado á conquistar su reyno, como Henrique IV. dos siglos despues. No seguiremos á Carlos en todas las variaciones de su fortuna; pero no podemos dexar de dar á conocer el principal agente de sus victorias.

Ya se echa de ver que queremos hablar de la célebre doncella de Orleans Juana de Arco, natural de Domremi, cerca de Vaucouleurs en Champaña. No intentaremos decidir si esta doncella extraordinaria fué inspirada del cielo, como ella decia; ó si al contrario no fué mas que un instrumento de la política, que necesitaba de un medio nuevo y poderoso para mover los ánimos. Qualquiera opinion que se abrace en el particular, no puede ménos de convenirse en que tuvo todas las qualidades de una heroína, y que se debió justamente á sus hazañas el título de libertadora de la Francia. Irreprensible en su conducta, intrépida en los peligros, hábil en todos los ejercicios de la guerra como si hubiera hecho un estudio profundo de ella, fué honrada por el rey, respetada de todos los grandes, y obedecida de los guerreros, á quienes igualaba en valor, y que se apresuraban á combatir baxo sus órdenes. Finalmente el suplicio con que fué castigada por haber servido á su soberano, y haber vengado á su patria, acabó de completar su gloria. Habia prometido libertar á Orleans sitiado por los ingleses con todas las mejores tropas que tenían, y conducir á Carlos VII. á Rheims para que recibiese allí la unción sagrada. Hizo uno y otro, y luego que se cumplió el objeto de su mision, la abandonó

la dicha que la habia acompañado por todas partes.

Los ingleses que todos los dias tenían nuevas pérdidas, habian empezado el sitio de Compiéna. Introdúxose en la plaza para defenderla Juana de Arco, á quien se contaba en el número de los mayores capitanes; y su actividad é intrépido valor iban desconcertando ya á los sitiadores, quando la hicieron prisionera en una salida, celebrando tanto este suceso los ingleses, que hicieron cantar el *Te Deum* en París. La venganza y la política persuadieron al duque de Bedford que era preciso por el honor de su partido que la doncella fuese condenada á muerte, y denigrada por una sentencia jurídica; y un obispo de Boves, otros cinco prelados, ciertos doctores y un vicario de la inquisicion, todos franceses, no tuvieron vergüenza en acceder á este proyecto infame. Fué, pues, condenada á espirar en las llamas esta doncella que no merecia sino elogios y estatuas, y en todo el discurso del procedimiento, y en medio del suplicio, conservó aquella firmeza de ánimo y aquel valor resuelto que siempre se habia admirado en ella; siendo su suplicio el oprobrio de los que lo habian ordenado, sin servir de nada para el restablecimiento de sus negocios. Algunos años despues se hizo justicia á la memoria de Juana de Arco, y la Francia salvada por ella la honra anualmente como á una heroína y mártir de estado.

Consagrado que fué Carlos VII. en Rheims, solo contó en lo sucesivo acontecimientos felices, y cada dia ganaba nuevas ventajas á los ingleses. En 1436 se sometió París á su obediencia, y dos años despues hizo su entrada en esta ciudad. Sucesivamente se efectuó la reduccion de las otras ciudades que todavía estaban por el extranjero, hasta en las provincias mas distantes. Por medio de sabios reglamentos consiguió el rey restablecer poco á poco el buen orden, y reparar los infinitos males causados por la guerra. Se ha comparado á este príncipe con Henrique IV., y en efecto hay muchos rasgos de semejanza entre los dos. Uno y otro siendo herederos legítimos del trono han sido proscritos baxo los nombres mas odiosos: uno y otro han conquistado su reyno con el socorro de un certo número de vasallos fieles á quienes no estaban en estado de recompensar: uno y otro supieron combatir y perdonar: uno y otro despues de haber dissipado á sus enemigos con las ar-

mas en la mano, experimentaron cabalas y conjuraciones: finalmente para acabar el paralelo, Carlos perseguido por su hijo, y amenazado con veneno, se privó de todo alimento, y murió de inanición; Henrique acometido por el fanatismo fué víctima del cuchillo de un asesino.

Impaciente por reynar Luis XI. habia llenado de amargura los últimos años de Carlos VII., su padre; y todos los historiadores estan acordados en representar á este príncipe como el mas pérfido y mas débil de los hombres. Su singular carácter reunia tantas qualidades contrarias y aun incompatibles, que nunca hubo otro mas difícil de comprender y de pintar. En todas las acciones de su vida se mostró feroz y popular, indulgente y cruel, imperioso y tímido, pródigo y avaro, sencillo en su exterior hasta desdeñar la decencia de su clase, y zeloso de su poder hasta sacrificar sin miramiento á los que le hacian la menor sombra; sin principios fixos en materia de religion, y supersticioso en extremo; burlándose sin pudor de las promesas y juramentos mas sagrados; dando palabras, y concluyendo tratados solo para no cumplirlos; en fin, poniendo la disimulacion por la principal virtud de los reyes, y haciendo consistir su política en el arte de engañar á los hombres. Tal fué Luis XI., el que al paso que cometió grandes faltas, procuró grandes ventajas al reyno; siendo uno y otro efecto de los principios que se habia formado, y que siguió siempre. Los dos principales objetos de su intencion en todo su reynado, que duró cerca de 23 años, fueron el imposibilitar á los ingleses de volver á conquistar lo que habian poseido en el reyno, y abatir á los grandes teniéndolos en la dependencia, aun quando se servia de ellos para la execucion de sus proyectos. Para lograr estos dos objetos pasó toda su vida en tramas políticas, suscitando embarazos á los demas príncipes hasta en el seno de sus familias, expiando por medio de sus emisarios todo lo que pasaba en las cortes, corrompiendo la fidelidad de los ministros con pensiones y presentes, y no escaseando el oro (aunque era lo que mas amaba despues de la vida) por descubrir un secreto que le importase saber. En ningun tiempo fué mas firme ni mas ilustrada la administracion interior, á pesar de los freqüentes yerros de la falsa política; y si su reynado no fué de los mas venturosos de la monarquía, fué á lo ménos útil á sus sucesores, que hallaron la

real hacienda en buen estado, los dominios acrecentados, y la autoridad real mas asegurada que nunca.

Carlos VIII. no tenia mas que 13 años y dos meses quando por muerte de Luis XI., su padre, se puso la corona en 1483. Juntos los estados generales en Tours, diéron la tutela de este príncipe y la regencia del reyno á su hermana Ana de Francia, señora de Beaujeu, conforme á las últimas intenciones del rey difunto, y á pesar del uso que conferia una y otra á la reyna madre Carlota de Saboya, y de las pretensiones del duque de Orleans, primer príncipe de la sangre. Ana, muger imperiosa y disimulada como su padre, pero mas prudente y mas igual que él en su conducta, dispuso de todo, baxo el nombre del jóven rey, aun despues de su mayor edad, por el ascendiente que habia tomado sobre su voluntad, y que conservó siempre. Su gobierno fué prudente y moderado, por haber sabido hermanar felizmente la justicia y la suavidad; y Carlos VIII. mantuvo por su vigilancia la superioridad que Carlos VII. habia adquirido con sus armas sobre los enemigos del estado, y á que Luis XI. habia dado mas extension con sus manejos políticos.

No tenia Carlos el talento ni el genio de su hermana; pero la franqueza de su carácter y la bondad de su corazon suplían la falta de las qualidades sobresalientes que la naturaleza no le habia dado. Era dulce, benéfico, justo, sólido en sus inclinaciones, y tan animoso como qualquiera otro príncipe de su tiempo. Casi siempre fueron felices sus armas, mientras que no las volvió sino contra sus vecinos zelosos; mas la guerra que fuera de propósito se le persuadió llevase á Italia para hacer valer los derechos de la segunda casa de Anjou al reyno de Nápoles, fué un manantial de nuevas desgracias para él y para la Francia. Este derecho se habia transferido á Luis XI. y á sus sucesores por el testamento de Carlos de Anjou, conde de Maine y de Provenza, que habia muerto sin hijos. Las personas mas prudentes del consejo de Francia no gustaban de este proyecto, y solo lo apoyaron Esteban de Vesa, gran camarero del rey, y Guillermo Brisóneto, ministro de Hacienda, que despues fué cardenal; los quales tenian ambos á dos intereses personales en aconsejar al rey una empresa que podia conducir al uno á los honores militares, y al otro á las dignidades eclesiásticas.

Jamás hubo expedición que tuviese principios mas felices, ni progresos mas rápidos que ésta. En quatro meses Carlos al frente de un ejército de 200 hombres atravesó sin obstáculo la Italia, y no le costó mas que 15 dias la conquista del reyno de Nápoles. En Roma, donde habia entrado seguido de sus tropas, le salieron al encuentro los magistrados y el pueblo haciéndole grandes honores, y él se presentó revestido de los ornamentos imperiales, sin duda por la cesion que le habia hecho de sus derechos Andres Paleólogo, único heredero del imperio de Constantinopla: asegurándose que exerció en esta capital muchos actos de soberanía á vista del papa Alexandro VI., encerrado en el castillo de Sant-Angelo. ¿Quién hubiera pensado que una conquista tan rápida no habia de tener consecuencias durables, y que el reyno de Nápoles se habia de perder en tan poco tiempo como el que fué preciso para someterle á la dominacion francesa? Una liga poderosa, formada entre el papa, los venecianos, el emperador, el rey de Castilla y el duque de Milan, se preparaba para echar de Italia las pocas tropas que Carlos habia dexado allí para la conservacion de su conquista. No tardó en verificarse este proyecto, y Fernando de Aragon, competidor de Carlos, volvió á entrar en todas las plazas que éste le habia quitado: habiendo sido la causa de tan pronta revolucion la precipitada vuelta del rey á Francia, sin tomarse el tiempo necesario para poner en orden los negocios de Nápoles, y asegurar su dominacion. Carlos murió en 1498, de edad de 28 años, con el designio de volver á Italia, y reparar las faltas que habia cometido.

A pesar de las ventajas que los ingleses ganaron á la Francia, las revoluciones que se executaron entre ellos les hicieron pagar caro los laureles que cogieron afuera. El reynado mas pacífico fué el de Henrique IV., sucesor del infeliz Ricardo II.; y no obstante estuvo lleno de disturbios y conspiraciones. Lo que habia precipitado á Ricardo del trono era un exercicio peligroso del poder que la nacion se atribuía sobre sus soberanos; y así Henrique solo se ocupó en mantener su autoridad, y librarse de los golpes que una infinidad de descontentos procuraban darle. No le faltaron nunca pequeñas guerras que sostener, facciones que disipar ó castigar, conjuraciones que descubrir, y cabezas de partido que ganar con beneficios, que vencer con las ar-

mas, ó que exterminar con los suplicios. Empezaba Henrique á gozar de alguna tranquilidad, quando fué arrebatado por una enfermedad de desfallecimiento el año de 1413.

Su hijo Henrique V., que hizo revivir las quiméricas pretensiones de Eduardo III., su bisabuelo, tocante á la Francia, y que consiguió conquistar una parte del reyno á la sombra de las facciones enemigas que lo despedazaban, juntaba á una ambicion desmedida todo el talento propio para lograr buen éxito en los proyectos de conquista que aquella le inspiraba. Llamado á Francia por el infame tratado de Troyes, obra de una madre desnaturalizada y de un príncipe ciego por la venganza; sentado sobre el mismo trono al lado de Carlos VI., en el que debia permanecer solo despues de la muerte de este rey, que ya no era nada en sus propios estados, fué Henrique mas bien un conquistador feliz, que un monarca poderoso y respetado. La nacion de que era legítimo soberano, alarmada con sus progresos, solo le ayudó débilmente temerosa de que emplease contra ella la fuerza y el poder que la Francia hubiera puesto en sus manos, si hubiese concluido su conquista; y esta nacion, á quien habia emprendido someter, no tardó en reflexionar quán vergonzoso era para ella el yugo extranjero. Murió Henrique con el título de rey de Francia y con todas las señas exteriores de la soberanía, dexando un hijo en la cuna, que por una cadena de reveses inauditos perdió las dos coronas que su padre habia tenido.

El desgraciado Henrique VI., heredero de dos coronas que se le quitaron sucesivamente, reynó en Inglaterra baxo la tutela del duque de Gloucester, uno de sus tios. Resucitaron por todas partes las cabalas y las facciones sofocadas durante algun tiempo por la prudencia y actividad de Henrique V. Los zelos del mando y las pretensiones de los señores, que miraban la minoridad como un tiempo favorable para sus ideas ambiciosas, llenaron toda la Inglaterra de nuevas turbaciones; y los odios réciprosos pusieron las armas en la mano á todos los que aspiraban á apoderarse de las dignidades, y á disponer de los empleos para sí mismos ó para sus hechuras, alejando á sus rivales. Si alguna cosa hubiese sido capaz de evitar á Henrique VI. las desgracias que le estaban reservadas, hubiera sido su matrimonio con Margarita de Anjou, princesa hábil y